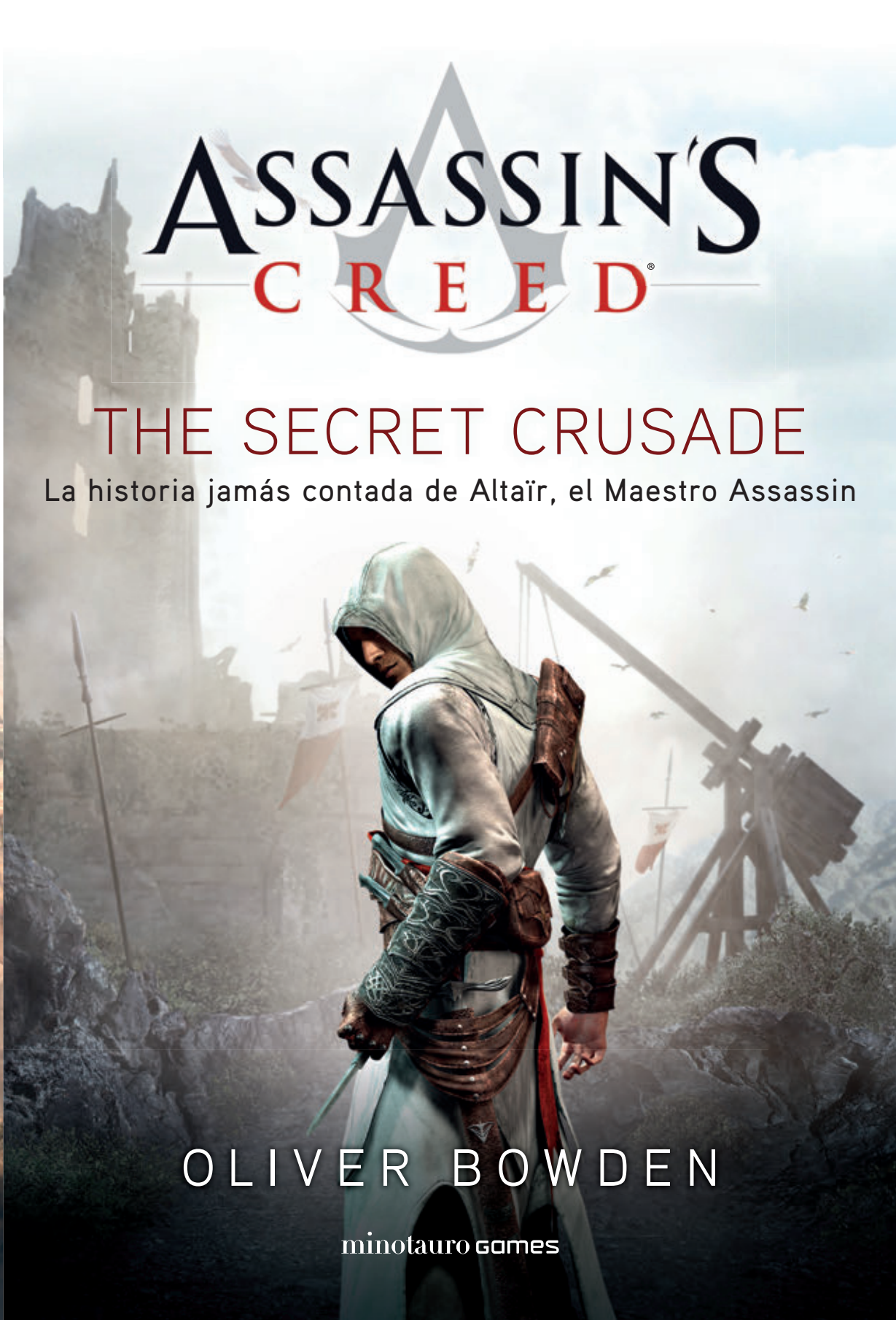




ASSASSIN'S CREED®

THE SECRET CRUSADE

La historia jamás contada de Altaïr, el Maestro Assassin



OLIVER BOWDEN

minotauro games

Assassin's Creed®
The Secret Crusade

La historia jamás contada de Altaïr, el Maestro Assassin

OLIVER BOWDEN

minotauro games

Título original:
Assassin's Creed: The Secret Crusade

Copyright © 2011 Ubisoft Entertainment. Todos los derechos reservados.
Assassin's Creed, Ubisoft y el logo de Ubisoft son marcas
de Ubisoft Entertainment en EE.UU. y/o en otros países.
Todas las ilustraciones son propiedad de Ubisoft.

Traducción de Noemí Risco Mateo, S.L., 2012

Publicado por Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0779-2
Depósito legal: B. 21.861-2019
Fotocomposición: Keiko Pink & the Bookcrafters

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

19 de junio de 1257

Maffeo y yo nos quedamos en Masyaf y permaneceremos aquí de momento. Al menos hasta que una o dos —¿cómo decirlo?— dudas se resuelvan. Mientras tanto nos quedaremos a instancia del Maestro, Altaïr Ibn-La’Ahad. Aunque resulta frustrante entregar el dominio de nuestros propios caminos de esta forma, sobre todo al líder de la Orden, que ya anciano ejerce la ambigüedad con la implacable precisión con la que una vez blandió la espada y el puñal, yo al menos me benefico de conocer sus historias. Maffeo, sin embargo, no tiene esa ventaja y cada vez está más inquieto. Lo cual es comprensible. Está harto de Masyaf. Detesta atravesar las empinadas cuevas entre la fortaleza de los Assassins y la aldea que hay debajo, y el terreno montañoso no le resulta atractivo. Es un Polo, dice, y tras seis meses aquí, el ansia de conocer mundo para él es como la llamada de una mujer voluptuosa, persuasiva y tentadora, a la que no puede ignorar. Anhela llenar las velas con el viento y partir en busca de nuevas tierras, darle la espalda a Masyaf.

Su impaciencia es irritante, podría vivir sin ella, sinceramente. Altaïr está a punto de anunciar algo, lo presiento.

Así que hoy le digo:

—Maffeo, voy a contarte una historia.

¡Menuda educación la de este hombre! ¿De verdad somos parientes? Comienzo a dudarlo. Porque en vez de acoger la noticia con el entusiasmo que sin duda merecía, juraría que lo oí suspirar (o tal vez debería darle el beneficio de la duda: puede que se hubiera quedado sin aliento bajo el calor del sol), antes de preguntarme en un tono bastante exasperado:

—Antes de que empieces, Nicolás, ¿te importaría decirme de qué va?

No obstante, yo contesté:

—Muy buena pregunta, hermano.

Y reflexioné un poco acerca del tema mientras subíamos por la temida pendiente. Sobre nosotros la ciudadela se alzaba misteriosamente sobre el promontorio, como si la hubieran tallado en la propia piedra caliza. Había decidido que quería el escenario perfecto para relatar mi historia y no existía nada más apropiado que la fortaleza de Masyaf. Un imponente castillo de muchas torrecillas, rodeado de relucientes ríos, presidía la animada aldea que había debajo, un asentamiento en un punto culminante dentro del valle Orontes. Un oasis de paz. Un paraíso.

—Diría que trata sobre el conocimiento —decidí por fin—. *Assaseen*, como sabes, significa «guardián» en árabe. Los Assassins son los guardianes de los secretos, y los secretos que guardan son conocimiento, así que, sí... —No cabía duda de que estaba muy satisfecho conmigo mismo—. Trata sobre el conocimiento.

—Entonces me temo que tengo una cita.

—¿Eh?

—Un entretenimiento sería bien recibido, Nicolás; eso desde luego. Pero no deseo una ampliación de mis estudios.

Sonreí abiertamente.

—Estoy seguro de que quieres oír las historias que me ha contado el Maestro.

—Eso depende. Tu tono hace que suene menos estimulante. Siempre dices que siento una inclinación hacia las historias sangrientas, ¿no?

—Sí.

Maffeo le dedicó media sonrisa.

—Bueno, pues tienes razón.

—También tendrás de eso. Al fin y al cabo son los relatos del gran Altaïr Ibn-La’Ahad. Es la historia de su vida, hermano. Créeme, no faltan acontecimientos y te alegrará saber que en gran parte hay derramamiento de sangre.

Para entonces ya habíamos subido la barbacana hasta la parte exterior de la fortaleza. Pasamos por debajo del arco, atravesamos el puesto de guardia y volvimos a subir al dirigirnos al interior del castillo. Delante de nosotros estaba la torre en la que Altaïr tenía su cuartel general. Durante semanas había ido a visitarlo allí y había pasado innumerables horas mirándolo embelesado mientras, sentado con las manos juntas y los codos apoyados en su alta silla, contaba historias, con los ojos apenas visibles bajo su capucha. Y cada vez era más consciente de que me contaba esas historias con un propósito. Que por alguna razón, todavía incomprensible para mí, había sido elegido para escucharlas.

Cuando no narraba sus historias, Altaïr reflexionaba sobre sus libros y recuerdos, y en ocasiones se quedaba mirando durante horas por la ventana de su torre. Suponía que estaría allí ahora. Metí un pulgar debajo de mi gorra para colocármela de manera que me protegiera los ojos. Alcé la vista hacia la torre, pero no vi nada más que piedra descolorida por el sol.

—¿Tenemos audiencia con él?

Maffeo interrumpió mis pensamientos.

—No, hoy no —contesté y señalé una torre a nuestra derecha—. Vamos ahí arriba...

Maffeo frunció el ceño. La torre de defensa era una de las más altas de la ciudadela y se llegaba hasta ella por una serie de escaleras vertiginosas, la mayoría de las cuales parecían necesitar un arreglo. Pero fui insistente, me ajusté la túnica en el cinturón y llevé a Maffeo hasta el primer piso, después al siguiente y por fin llegamos a la cima. Desde allí contemplamos el campo. Kilómetros y kilómetros de terreno escarpado. Ríos como venas. Grupos de asentamientos. Examinamos Masyaf: desde la fortaleza hasta los edificios y mercados del pueblo que se extendía a sus pies, el cercado de madera en el muro exterior y los establos.

—¿A qué altura estamos? —preguntó Maffeo, cuyo rostro se había tornado algo verdoso. Sin duda era consciente del aire que lo zarandeaba y de que el suelo ahora estaba muy muy lejos.

—A unos ochenta metros —le dije—. Lo bastante alto como para poner a los Assassins fuera del alcance de los arqueros enemigos, pero capaces de lanzarles encima una lluvia de flechas y mucho más.

Le mostré las aberturas que nos rodeaban por todas partes.

—Desde los matacanes pueden lanzar rocas o aceite sobre su enemigo, usando esto...

Nos subimos a una de las plataformas que sobresalían, agarrándonos a los soportes verticales que había a cada lado, y nos inclinamos hacia delante para bajar la vista. Justo debajo de nosotros, la torre caía hasta el borde del precipicio. Y más abajo, se encontraba el río reluciente.

Totalmente pálido, Maffeo retrocedió a la seguridad del suelo de la torre. Me reí e hice lo mismo (aunque me alegré en secreto, pues yo también estaba algo mareado, a decir verdad).

—¿Y para qué hemos subido hasta aquí? —preguntó Maffeo.

—Aquí es donde empieza mi historia —contesté—. En más de un sentido. Puesto que fue desde aquí donde el vigía vio a la fuerza invasora.

—¿La fuerza invasora?

—Sí. El ejército de Salah Al'din. Vino a sitiar Masyaf, a derrotar a los Assassins. Hace ochenta años, un radiante día de agosto. Un día muy parecido al de hoy...

Primero, el vigía vio los pájaros.

Un ejército en movimiento atrae a los carroñeros. Sobre todo a los alados, que se abaten sobre cualquier resto que se deja atrás: comida, desperdicios o cuerpos muertos, ya sean caballos o humanos. Lo siguiente que vio fue el polvo. Y luego una inmensa y oscura mancha que apareció en el horizonte, avanzando lentamente, envolviendo todo lo que estaba a la vista. Un ejército habita, afecta y destruye el paisaje; es un gigante, una bestia hambrienta que consume todo a su paso y, en la mayoría de los casos —como bien sabía Salah Al'din—, con tan solo verlo bastaba para hacer que el enemigo se rindiera.

Aunque esta vez no. No cuando los enemigos eran Assassins.

Para aquella campaña el líder sarraceno había levantado una modesta fuerza de diez mil miembros de infantería, caballería y otros seguidores. Con ellos tenía planeado aplastar a los Assassins, que ya habían atentado dos veces contra su vida y seguro que no pensaban fallar una tercera. Con la intención de llevar la batalla a sus puertas, había entrado con su ejército en las montañas de An-Nusayriyah, hacia las nueve ciudadelas que tenían allí los Assassins.

Habían llegado mensajes a Masyaf de que los hombres de Salah Al'din habían estado saqueando el campo, pero ninguno de los fuertes había caído, y de que se dirigía a Masyaf, con la intención de conquistarla y reclamar la cabeza del líder Assassin, Al Mualim.

A Salah Al'din se le consideraba un líder moderado y justo, pero los Assassins lo enfadaban tanto como lo ponían nervioso. Según se decía, su tío, Shihab Al'din, le había aconsejado que ofreciera un acuerdo de paz. El razonamiento de Shihab era que prefería tener a los Assassins de su parte, no en su contra. Pero no convenció al vengativo sultán y por eso su ejército se arrastraba hacia Masyaf en un radiante día de agosto de 1176, y un vigía en la torre de defensa de la ciudadela vio la bandada de pájaros, las grandes nubes de polvo y la mancha negra en el horizonte, y alzó un cuerno a sus labios para dar la alarma.

La gente de la ciudad comenzó a almacenar provisiones y se trasladó a la seguridad de la ciudadela, abarrotando los patios. El miedo estaba grabado en sus rostros, pero muchos habían colocado tenderetes para continuar comerciando. Los Assassins, mientras tanto, empezaron a fortificar el castillo, se prepararon para encontrarse con el ejército, mientras observaban cómo la mancha se extendía por el hermoso paisaje verde, y la gran bestia se alimentaba de la tierra y colonizaba el horizonte.

Oyeron los cuernos, los tambores y los címbalos. Y a continuación distinguieron las figuras cuando aparecieron entre la calima: había miles. Contemplaron a la infantería: lanceros, lanzadores de jabalina y arqueros, armenios, nubios y árabes. También a la caballería: árabes, turcos y mamelucos que llevaban sables, mazas, lanzas y espadas largas, algunos con cota de malla, otros con armadura de cuero. Vieron las literas de las mujeres nobles, los hombres sagrados y los revoltosos vasallos a la zaga: las familias, niños y esclavos. Observaron cómo los guerreros invasores alcanzaban el muro exterior y le prendían fuego, junto con los establos; mientras, los cuernos seguían resonando y los címbalos retumbando. Dentro de la ciudadela, las mujeres del pueblo empezaron a llorar. Se imaginaban que sus casas serían las siguientes en ser incendiadas. Pero los edificios quedaron intactos y el ejército se detuvo en la aldea, por lo visto sin hacerle mucho caso al castillo.

No enviaron a nadie, no hubo mensajes; simplemente acamparon. La mayoría de sus tiendas eran negras, pero en medio del campamento había un grupo de casetas más grandes, las dependencias del sultán Salah Al'din y sus generales más cercanos. Allí, unas banderas

bordadas ondeaban al viento, las puntas de los postes eran granadas doradas y las casetas estaban cubiertas de sedas de colores muy vivos.

En la ciudadela, los Assassins meditaban sobre sus tácticas. ¿Asaltaría Salah Al'din la fortaleza o intentaría matarlos de hambre? Al caer la noche obtuvieron su respuesta. Debajo de ellos, el ejército empezó a reunir instrumentos para asediarlos. Las hogueras ardieron durante toda la noche. El sonido de las sierras y los martillos se elevó hasta los oídos de aquellos que se encargaban de las murallas en la ciudadela, y hasta la torre del maestro, donde Al Mualim convocó una asamblea de sus Maestros Assassins.

—Nos han entregado a Salah Al'din —dijo Faheem al-Sayf, un Maestro Assassin—. Es una oportunidad que no debemos dejar escapar.

Al Mualim reflexionó. Miró desde la ventana de la torre y pensó en la caseta llena de colorido en la que estaría ahora sentado Salah Al'din, tramando su perdición y la de los Assassins. Pensó en el gran ejército del sultán y cómo había arrasado el campo. Cómo el sultán sería más que capaz de alzar una fuerza incluso aún más grande si su campaña fracasaba.

Salah Al'din tenía un poder inigualable, pensó. Pero los Assassins tenían astucia.

—Si Salah Al'din muere, los ejércitos sarracenos se derrumbarán —dijo Faheem.

Pero Al Mualim negaba con la cabeza.

—No lo creo. Shihab lo sustituirá.

—Es la mitad de líder de lo que es Salah Al'din.

—Entonces será menos eficaz en repeler a los cristianos —rebatía Al Mualim con brusquedad. A veces se cansaba de la forma de actuar que tenía Faheem, como la de un halcón—. ¿Deseas que nos encontremos a su merced? ¿Que acabemos siendo aliados suyos sin quererlo contra el sultán? Somos los Assassins, Faheem. Nuestro propósito es solo nuestro. No pertenecemos a nadie.

La sala de olor dulzón se quedó en silencio.

—Salah Al'din no se fía de nosotros igual que nosotros no nos fiamos de él —dijo Al Mualim, después de meditarlo—. Deberíamos asegurarnos de que no se ha vuelto más cauteloso.

A la mañana siguiente los sarracenos subieron un ariete y una torre de asedio por la pendiente principal, y mientras los arqueros montados turcos lanzaban lluvias de flechas a la ciudadela, atacaron la muralla externa con los instrumentos de asedio, bajo el fuego constante de los arqueros Assassins y las rocas y el aceite que arrojaron desde las torres de defensa. Los aldeanos se unieron a la batalla, acribillaron al enemigo con piedras desde los baluartes y sofocaron el fuego, al tiempo que, en la entrada principal, los valientes Assassins salían por los portillos para reparar sus instrumentos de asedio y reunir más.

Aquella noche, hubo bastante alboroto en el campamento y por la mañana se desmontó la caseta de colores vivos que pertenecía a Salah Al'din, que se marchó y se llevó consigo a un pequeño grupo escolta.

Un poco después de eso, su tío, Shihab Al'din, subió la pendiente para dirigirse al Maestro de los Assassins.